

NADIE SE MUERE

Ignórase la fecha y el nombre del lugar en que ocurrieron las escenas, de cómica memoria, transmitida á los siglos venideros, por la brutalidad de un pobre diablo, de tantos como pueblan este suelo; escenas de que voy á darles cuenta tan llanamente como pide el cuento. Es el caso que, un tal *José María* (que nada del bandido *caballero* tuvo en su vida, ni con sus hazañas ocasionó romances ni procesos); dando al olvido á Dios, sin fe y sin fuerzas para sufrir no sé qué contratiempos de fortuna, de amor y de ilusiones, de esos cien mil que todos padecemos, acordó locamente una mañana poner á sus desdichas brusco término, quitándose la vida, y de tal modo... *sublata causa, tollitur effectus*. Y no hubo más, sin más meditaciones buscó una cuerda; la lió á un madero que en la techumbre de su ruin buhardilla aparecía sólido y escueto; se anudó á la garganta el fatal lazo y... ¡cataplúm! dió al aire con su cuerpo. Mas ¡ay! que ni la cuerda ni la viga prestáronse á servirle de instrumento de muerte, y rotas una y otra se dejaron caer, sin más efectos que los de un zamarrazo... de primera y algunas erosiones en el cuello. Levantóse molido y renegando de su desgracia; pero por aquello no desistió de que su ruin propósito tuviese en otra forma mejor éxito. *¿No he podido morir estrangulado? Pues está bien, acudiré á otro medio: moriré por asfixia... ¡esto es!... al río;* y al río se arrojó de furia ciego. Pero esta vez tampoco con la suya se salió el majadero,

porque unos pescadores le sacaron vivo, ya que no ileso, toda vez que al caer sufrió tal golpe, que en dos le dividió el *fémur* derecho. Llevado al Hospital, y puesto en cura, se alegraba diciendo: —*La amputación es grave; ya está visto, logré mi fin, me muero.*— Pero ¡ay! ¡Estaba escrito! Curó, y pronto, y llegó á verse dueño de una robusta pierna de madera, como reemplazo del perdido extremo.

—*Yo he de matarme, sea como fuere.*— Y esta idea de todos los momentos era su pesadilla, su esperanza, su única aspiración, todo su anhelo. Un día tuvo á mano una pistola bien cargada, y henchido de contento la disparó por bajo de la barba, y ¡oh, destino funesto! sólo alcanzó á quemarse media oreja, la nariz y las alas del sombrero. Y ya en el paroxismo de la rabia, el dolor y el sufrimiento, abrió el balcón y se arrojó á la calle... pero... (y vaya de *peros* exigidos por términos de historia), sólo logró ver rota, y por el suelo, la pata de madera, en que apoyaba de su anterior desdicha los recuerdos. Esta vez despertáronse en su espíritu los perdidos destellos de humildad y creencias religiosas, y pidió confesión y cobró aliento, y se sintió con fuerzas y entusiasmo para vivir lo que pluguiere al Cielo. Y entonces le embistió una pulmonía que le llevó de golpe al cementerio.

Si es usted *fatalista*, apunte en sus memorias este cuento.

EDUARDO SACO.



patolito
page ya

Nº 25